

POLITICAS DEL YO

Isabel Escudero

A propósito de tres textos "autobiográficos":

-“Mira por dónde: *Autobiografía razonada*”. Fernando Savater. Taurus, 2003. 417 páginas. 23,50 Euros.

-“El árbol de la vida: *Memorias*”. Eugenio Trías. Destino, 2003. 460 páginas. 20,50 Euros.

-“Registro de recuerdos: *Contranovela*”. ¿Agustín García Calvo?. Lucina, 2002. 319 páginas. 14 Euros.

Esto no es una crítica literaria al uso. No vamos a entrar en los contenidos textuales más o menos acertados de estos tres libros. Ya ha habido críticos cualificados que se han ocupado de ello. De estas muestras diversas de Autobiografía, Memoria y Registro, nos interesa por su utilidad política, otra cosa: el tratamiento de <yo> . Esa es la cuestión política por excelencia. Sobre ese núcleo básico se van a fundamentar todas las otras cuestiones políticas, incluida la Política de los Políticos que hacen la Política que hacen los Políticos...El que no quiera entender esto, y lo intente relegar a una supuesta condición “privada”, se está engañando y de paso engañando al prójimo. De cómo se entienden o se pelean <yo> (que es nadie, cualquiera puede decir yo) y <El Yo> (Nombre propio, Persona), de este encuentro o desencuentro cotidiano, de la claridad y el desengaño con que planteemos este juego, depende la inteligencia y la verdad de los resultados.

Claro que se puede obviar el conflicto creyendo –es lo que está mandado- que no hay más que la Persona, (“El Yo”, como quedó bautizada desde el padre Freud, o el Alma, como más antiguamente se la llamaba, nombre venido directamente de las Ánimas de los muertos...), y que ella echa sus cuentas con ella misma o como decía aquel gitano de Motril: “Cauno es cauno y jase sus caunás”. Pero si uno no se resigna del todo a creer que eso es todo lo que hay, que no sólo hay Realidad y Personas reales, que hay algo más, algo desconocido que se escapa, que está afuera y por eso puede tratar de ello sin ser aquello de lo que se trata, entonces se puede seguir hablando.

Realidad es aquello de lo que se trata, por tanto lo que trata de ello no es real. Y si bien es cierto que El YO, Mi Yo, Tu Yo, son la Realidad misma, lo que existe, además estoy <yo> que no soy nadie y soy cualquiera porque cualquiera cuando habla puede decir <yo> independientemente de su Nombre Propio. Entonces yo no soy realidad, me escapo de ella y por tanto puedo hablar desde fuera de ella. Hablar

en boca del lenguaje mismo, el *logos* en razón desmandada, no sometida a la fe de creer que “Yo soy Fulanito de Tal” tal como dicta mi Documento Nacional de Identidad.

Si esta evidente contradicción da cuenta de la falsedad de la Realidad (falsa aunque sólo sea por la pretensión de ser todo lo que hay), en nuestro vivir presente suele quedar como velada por el tráfico mismo de los aconteceres cotidianos. Vivimos como distraídos de esa contradicción. Sólo a veces, en un destello inesperado, se nos cuele, como por una fisura, esa evidencia de la falsedad de la Realidad y la imposibilidad de que uno sea el que es, siempre el mismo. Lo normal es que aceptemos como con naturalidad y conformidad como propia esa suma o contabilidad personal sucesiva de los hechos de nuestra existencia, que pasan a ser nuestro pasado, nuestra historia, la mía y de ningún otro. Así se va sedimentando y consolidando el sujeto en su historia personal del mismo modo que se van configurando Pueblos y Estados acumulándose en turbión las ruinas de la Historia. Es propio de la Realidad el no poder admitir lo sinfín “lo incontable” tanto numéricamente como literariamente. No admite lo inenarrable. Todo lo real tiene que ser susceptible de ser contado y *contado*, es decir numerado y relatado, computado e historiado. La Realidad no puede nunca terminar la cuenta. Mi autobiografía perfecta la escribiría mi muerto.

La operación letal es la reducción de la vida a Historia. En el ideal lo que pasa quedaría estampado como un álbum de fotos fechadas y situadas cada una en su sitio. Y así, por ejemplo, yo, Fulana de Tal, me reconozco como Fulana de Tal en cada una de esas apariciones fotográficas: soy yo sin la menor duda; soy yo esa nena desnudita sobre el tapete chino de los abanicos, a poco de nacer asustada del fogonazo de magnesio; la misma de años después, niña todavía, entre una nube de organdí sacando la lengüita iluminada de comulgante primeriza; la misma que ya mocita se encarama sobre los encendidos tacones rojos con ojos de gacela asomada al balcón de sus tetitas nuevas; la misma que entre albas sábanas de recién parida deja llorar mansamente sus ojos junto a la cabecita pelona del crío que amamanta; y también la misma que de rabia y razón airada se revuelve, suelta la melena al viento, a arañar al policía que la retiene; y en fin, la misma que ahí, bajo las lilas, sentada en el umbral de la vejez, deja vagar los ojos sin destino... Y si en algún momento, ante alguna de estas estampas, ella duda de ser la que es, como aquella vez que de muy niña la llevaron delante del espejo para que viera lo linda que era y a punto de llorar exclama: “¡Pero esa no soy yo!”, ya vendrá, ahora como entonces, el prójimo a confirmarle que sí, que es ella, ella siempre la misma: Fulanita de tal para servir a Dios y a usted...

Uno (yo, no) necesita reconocerse a sí mismo y hacer profesión de fe de que se lo cree firmemente, porque si uno se dejara llevar por esa cierta extrañeza y desconfianza que, al menos momentáneamente, nos invade e inquieta al contemplar tan distanciadas y diferentes apariciones de mí mismo, la Realidad toda se resquebrajaría y caería con uno mismo dentro.

La Historia, tanto la mía personal como la de los Estados, exige una delimitación clara y una contabilidad localizada y fechada. Ya que nuestra vida es tiempo y está condenada al Tiempo tenemos que cumplir años, y la Historia Siglos y Eras, y es bajo esa administración de Muerte que seré quien soy, hasta serlo sin fisura alguna al quedar definitivamente muerto. (En la Historia no vive ni Dios, o mejor dicho sólo Dios puede vivir en la Historia.)

...Y sin embargo, hay algo más, ahí está la memoria viva, que no es Historia, que es huella borrosa del vivir, los recuerdos que nos asaltan de no se sabe donde. Esa vida de la memoria quizá sea la única vida verdadera, libre ya del miedo de la pérdida, libre ya del Tiempo y sus Calendarios. Si en la Historia yo estoy obligado a reconocermelo como Fulano de Tal (siempre el mismo gracias a los cambios para que la cosa funcione), en la memoria desmandada no sé de verdad quien soy, mi condición de sujeto condenado a muerte se suelta de su condena. Los lugares con todos sus detalles precisos, los topónimos más sonoros, se llenan de rostros familiares, pero a la vez fantasmales, que se acercan y mezclan sin orden ni concierto cronológico, sin jerarquías morales, sin estatuto sentimental preciso.

Esta contraposición neta entre Historia y memoria, este conflicto debe subyacer ya en los materiales de cualquier Autobiografía o Memoria verdadera, no queremos decir "sincera" puesto que no nos interesa si responde o no a la realidad de lo que se cuenta, sino si esos materiales se dejan llevar por esa conmoción básica, si ellos mismos no ocultan esa contradicción política básica de yo en lucha y juego con "el yo".

Con esta advertencia política debíamos –por nuestra parte- dar por concluido el examen de estos tres textos, y que sea cada lector el que, una vez oída la recomendación táctica, decida o no aplicar el cuento.

...Y sin embargo nos vemos instados a continuar algo más si nos situamos dentro de la realidad, histórica y personal y más concretamente en el plano testimonial o documental propiamente dicho, tal como requieren al menos dos de estos textos: la "Autobiografía razonada" de Fernando Savater y las "Memorias" de Eugenio Trías, que pretenden dar cuenta lo más fiel y exactamente posible de las peripecias concretas de unas vidas reales y unos nombres propios. Por tanto tenemos que atenernos a esa voluntad histórica de estos dos textos, que, aunque de tono bien distinto, mantienen un carácter común autobiográfico. El tercer texto el de ¿Agustín

García Calvo?, según su advertencia previa al lector no pretende tal cosa sino más bien lo contrario: utilizar los materiales de la vida a modo de *contranovela*. (Nos atreveríamos a decir que “Registro de Recuerdos” no responde ni a las Memorias ni a las Autobiografías, ni tampoco propiamente a la ficción novelesca, sino a otro ¿género? no literariamente bien clasificado, pero algo más cercano a un *Registro de sueños*, y en ese sentido próximo al psicoanálisis (aunque podría decirse que más que freudiano, *pluscuamfreudiano*), ya que intenta mantener la indefinición onírica aún habiendo dado el paso a la escritura documental. Así que, mientras la “Autobiografía razonada” de Savater y las “Memorias” de Trías, lucen ambas desde la primera página una clara voluntad de reconocimiento del sujeto, un andar consciente y conocedor por los vericuetos de la Memoria personal, plagados de nombres propios, situaciones y personajes claramente identificados biográficamente en relación a la primera Persona, en el Registro de García Calvo se asiste de entrada a una firme decisión de *despersonalizar* al máximo no sólo al portador de los recuerdos, y los otros prójimos circundantes que nunca se sabe quienes eran ni de qué estatuto real gozaban, sino incluso poniendo entre interrogantes al notario mismo del Registro, al propio escribiente: el supuesto autor del libro. Tenemos necesariamente que recalcar esta diferencia básica porque forma y fondo van juntos. Esta actitud política de <yo> no sólo afecta a lo que trata, al argumento como se decía antaño, sino al mismo tratamiento técnico: a la gramática, al empleo de los deícticos, de los nombres, de los topónimos, de los nombres propios, de los cuantificadores, la interrogación, la negación... Por ejemplo, la diferencia fundamental entre este texto y los otros dos más propiamente autobiográficos viene marcada por *el ritmo*. (“Registro de Recuerdos” es formalmente un texto rítmico, prácticamente medido en verso. Pese a su prosaico destino para columnas periodísticas, puede leerse canturreado, como para acunar la memoria). El ritmo es la huella viva de la memoria. García Calvo, maestro en las más variadas métricas poéticas de las que ha dado abundantes muestras en sus obras y en sus traducciones, sabe que se recuerda lo que se cantó y por tanto en justa correspondencia lo que se cante será lo que siga vivo en el recuerdo. Del modo como algo se hace, se hace o no “otra cosa”.

En cuanto al texto “Mira por donde: Autobiografía razonada”, cabe destacar la especial habilidad de su autor, Fernando Savater, para contar con soltura tanto lo extraordinario y serio de una vida corriente como la comicidad de la tragedia. (Podía el autor, como bien recordaba en su día Félix de Azúa, el haberse decantado, al menos como desahogo, por remacharnos lo dramático de su situación actual en el País Vasco desde hace años, la crispación de su vida cotidiana amenazada, pero ha sabido liberarse con gracia de esa doble condena,

y de paso liberar al lector que por otra parte está ya tristemente bien informado de ello). Esa decisión de aliviar la gravedad, de aligerarla, más que una estrategia de autor, parece el fruto de una perseverancia vital, de una resistencia alegre contra la Administración de muerte, venga de donde venga. Savater ha optado por mantener frente los materiales de su propia vida una actitud traviesa, valiente, aventurera, juguetona, y en cierto modo impertinente, se diría "infantil" en el buen sentido de la palabra. También, como hacen los niños, hermano entre hermanos, ensaya diferentes tácticas de seducción de los padres, ser el primero en la jerarquía amorosa. Así el niño Fernando mientras se divierte con los iguales, juega a la vez a seducir a los mayores. Necesita esa aprobación de la autoridad paterna. Tanto por parte de la madre, colega y amiga como él de libros y fantasías, como del padre más confinado a la gris realidad y acostumbrado por su profesión a dar fe de la ley y el orden. En la felicidad soñada él quiere que le quieran a la vez y mucho papá y mamá, lo cual está bien como aspiración infantil pero, él bien lo sabe, eso a la larga entraña dificultades prácticas. Eso hace que toda la parte que se refieren a su infancia y pubertad sean las más conseguidas. La contradictoria dialéctica entre obediencia y desobediencia en F.S está sentimentalmente condicionada, parece ser, por esa necesidad de seducción, de aprobación, y en cierto modo de reclamación de estima. Lo cual no deja de ser conmovedor, porque que ese rastro de pubertad perdure todavía a lo largo de toda una vida, es un caso raro, ya que normalmente la madurez consiste fatalmente en renunciar a intentar ser un bien común y conformarse sólo con "ser el mejor de los nuestros". Así en sus aventuras y estrategias vitales parecen rebullir en el mismo muchacho un héroe y un antihéroe. Alguien que pelea con toda su fe y valentía y alguien "literalmente" más desengañado que parece ser el encargado de escribir el cómic, el cuentista de la historia. El texto de Savater es más cuento, más que literatura ensayística es relato encadenado de anécdotas más o menos filosofantes, una retórica aforística más cercana a la del escritor de ficción o al cronista, que a la del filósofo propiamente dicho. Este distanciamiento metódico no sería posible sin el uso de una de las herramientas más acertadas de F. Savater: el humor, la gracia iconoclasta con que suele componer y descomponer tanto las cosas más simples y las más tópicas como las más racionales. Sin embargo esa virtud suya, esa facilidad para la resolución graciosa junto a su indudable facilidad para la escritura, se vuelve a veces contra él cuando abusa del recurso. No pocas veces se vale Savater de ese distanciamiento humorístico para zanjar una cuestión enrevesada o para llenar un hueco acerca de algo de lo que sí debía dar más y mejor cuenta. Nos referimos, al modo cómo corta o reduce al chiste las referencias a algunos asuntos complejos.

Claro que si somos coherentes con lo expuesto como planteamiento político en la primera parte de esta reseña, no nos debería importar demasiado la posible "veracidad" histórica, lo que se ha dado en llamar la "autenticidad" de los hechos, (no creemos que sobre la constitutiva falsedad de la Realidad y sobre la mentira de la Historia, se pueda pretender decir nada verdadero). Pero si se trata de un texto que ya en su título pretende ser documental e histórico, las reglas del juego exigen evitar todo tipo de falsificaciones, incluida la más habitual: el reduccionismo.

En cuanto a "El árbol de la vida. Memorias": Eugenio Trías mantiene un tono diferente. El autor no hace tomas aéreas de su vida. No tiene una actitud aventurera, ni cínica, ni traviesa, sino más bien respetuosa, y en absoluto iconoclasta, más bien por el contrario, prudente y en ciertos momentos sagrada. Trata ni más ni menos de entenderse así mismo, de reconocerse. Y esa fuente de reconocimiento es a su vez fuente del pensar, le vale como reflexión metódica, como filosofía. Se siente que es la vida de un filósofo, que no podía ser otra cosa. Que "el vértigo" de lo otro, sea de la pasión amorosa o de la pantalla cinematográfica, están ahí sí al acecho, pero no tanto para hundirle en el abismo ni para hacerle perder pié (que también) como para hacerle entrar en razón: para filosofar. En ese sentido sí podría decirse que es la autobiografía de un filósofo. Entendemos que su empeño se acerca a una posible *teoría de la vida*. Entendiendo por teoría su raíz griega primera (theoros y teoría) (conjunción de dos términos: dios y espectáculo) En cierto modo teoría sería la acción de "contemplar" En el Fedón de Platón el *theorós*,¹. es el espectador enviado que viene de afuera y por tanto el que puede ver más limpiamente. También es participar en una fiesta y realizar un rito. Presencia de un espectador de afuera en un teatro. Dos condiciones. Carácter divino o sagrado y lo de extranjero Sólo alguien preparado para ello. Él contempla-La praxis más praxis es el que mantiene distancia el que contempla.

(El hecho de que haya cerrado (de momento) este repaso de la vida a los treintaytres años (computo de la vida humana de Cristo) no es arbitrario.)

Si el lector espera que le enumeremos y valoremos - al modo canónico de la retórica crítica- los diferentes estilos y los posibles aciertos literarios amén de los rasgos personales y éticos de los tres relatos y sus autores, su coherencia vital, su sinceridad etc...y que además les puntuemos más o menos favorablemente, ha quedado decepcionado, porque aunque personalmente uno puede estar tentado de entretenerse con las aventuras de tal o cual "vida particular", de tal o cual prójimo

¹ tal como lo interpreta Felipe Martínez Marzoa en su texto "En torno al nacimiento de el título "Filosofía". Ensayo del Libro De Grecia y la Filosofía. Universidad de Murcia. 1990

ilustrado, mejor o peor contadas, lo cierto es que no es eso lo que de verdad nos interesa de estas tres muestras. Sino, más bien, el modo en cómo cada uno se las ha visto para hacerse "común", es decir para dejarse vivir. O lo que es lo mismo, para dejarse perder. Recordemos las palabras del Verbo: "El que quiera ganar su vida la perderá, el que la pierda la ganará". Queda, pues, invitado el lector a ser él mismo, solo, el que al leer las páginas de estas vidas sienta si gana o pierde la suya.